

## Doña Margarita de Saboya, virreina de Portugal, muere en Miranda y es enterrada en Burgos

---

En estos nuestros días, cuando la biografía de personajes más o menos ilustres es el género literario que priva y mayor interés despierta, vida llena de curiosidad, emoción y contrastes, es la de doña Margarita de Saboya.

Casada con Francisco II, duque de Mantua y Montferrato, con quien tuvo a María, luego esposa de su primo Carlos II Gonzaga, la Princesa de Saboya y Duquesa de Mantua, viuda a los 34 años y desde 1613, pasó a ser una de las personalidades más interesantes de la corte de nuestro rey Felipe IV.

No es mi intento en este breve artículo historiar cómo llegó a Virreina de Portugal, ni su desgraciada actuación al frente del gobierno de aquel entonces reino nuestro, ni el desencadenamiento de la revolución que costó la vida a Miguel de Vasconcellos, impopular secretario de Doña Margarita, ni las peripecias de ésta durante la grave conjura y motín que dió la corona a Juan IV de Braganza y arrancó a España aquel rico florón de su imperio, ya decadante (1640). Tampoco narraré cómo al fin pudo la Mantua escapar a España, sus estancias en Badajoz y Mérida, su vida retirada—y no incomunicada prisión—en Ocaña, reaparición teatral en Madrid (Enero de 1643), donde tan señalado papel jugó en la intriga cortesana que, dirigida por la reina, dió al traste con la privanza del omnímodo valido Conde-Duque de Olivares.

Dejaremos luego a la descontentadiza Princesa en Madrid, premiada ahora con un puesto de confianza junto a la esposa de Felipe IV, situación que la permitía a las veces mortificar indelicadamente a la caída Condesa de Olivares, amén de disfrutar una renta pingüe de 24 ducados, con lo que podía vivir espléndidamente, rodeada de no escasa servidumbre, en la casa del Tesoro, junto a Palacio.

Pasaron veintidós largos años. Un caluroso día de junio, Miranda de Ebro, tras haber divisado a lo lejos la polvareda que en la carretera Madrid-Francia levantaba grandísima comitiva, vió adentrarse por la puerta llamada de Barribozo un cortejo lucidísimo. Camino de sus estados de Mantua, disponíase a atravesar la villa una



MIRANDA DE EBRO.—Antigua Parroquia de San Juan.

anciana de 76 años, en quien pocos hubieran adivinado a la en otro tiempo difici y altanera virreina de Portugal. Por orden de S. M. Felipe IV, primo de la dama, veníala acompañando un numeroso séquito a las órdenes de don Juan de Torres, alcalde de casa y corte del Monarca, que hacía de gobernador de dicha jornada y viaje. Sin duda, las fatigas del largo camino agotaron las escasas fuerzas de la anciana señora, y llegada la comitiva a la Plaza del Rey, hubo de decidirse la interrupción de la marcha. Buscando el más digno aposentamiento de la Princesa, el cortejo penetró por las estrechas calles del barrio o <sup>cuadrilla</sup> de San Juan Bautista, parándose ante el palacio de don Juan de Urbina, caballero de la Orden y hábito de Santiago, poseedor del mayorazgo de esta nobilísima familia que contaba entre sus antepasados personas tan ilustres como el Maestre de Campo, Comendador de la encomienda de Lobón y lugarteniente del Capitán General de Perpiñán, y familiares cual el también mirandés D. Pedro de Urbina, virrey y arzobispo de Valencia y Sevilla (1).

El caballero santiaguista acogió solícito a huésped tan calificado. No menos hizo su gentil esposa Doña Ana de Velasco, acompañada del capellán de la casa y de los cuatro criados, que por entonces formaban la servidumbre del Palacio. Desgraciadamente, el mal de la Duquesa era irremediable. Hubo, pues, que avisar rápidamente, a la iglesia de San Juan, a cuya feligresía pertenecía aquella noble morada, y el digno sacerdote licenciado Don Pedro de Tobalina administró como párroco a la moribunda los santos sacramentos de la Penitencia, Eucaristía y Sacra Unción. Poco después, apagábase silenciosamente aquella vida que tanto rumor había levantado tras sí en Italia, España y Portugal. Era el 25 de julio, día del Patrón de España, en que Miranda es tradicionalmente toda bullicio de feria y mercado campesinos.

Veloces correos transmitieron la nueva a la Corte, mientras por orden y asistencia de don Juan de Torres, como jefe de dicha jornada, abríase el testamento que la egregia difunta había hecho en Madrid y consigo traía el Conde de Vainete, que venía en la comitiva al servicio de la Princesa. Y llegaron a Miranda órdenes del Rey, que disponían se trasladase el cadáver de Doña Margarita a la iglesia de las Huelgas burgalesas. Hubo, pues, que proceder al embalsamamiento del mismo. Verificado éste, con arreglo a los usos de la época, las vísceras y otras partes del cuerpo de la Infanta pusieron en una caja adecuada, y, secretamente, sin pompa, enterráronse en la iglesia de San Juan, en la capilla del Chantre, delante del archivo de la mis-

---

(1) Trataré de ellos en mi trabajo: *Preclaros varones de Miranda*.

ma. Era un lugar preeminente de aquel hermoso templo gótico, donde en un sepulcro de piedra levantado como vara y media del suelo, yacía desde 1390 el venerable Pedro Pascual Martínez, chantre de Calahorra, fundador de la cofradía de su título y cuyo cuerpo conserva Miranda sorprendentemente incorrupto (2).

Entre tanto, el cadáver embalsamado de la Virreina trasladábase solemnemente a Burgos, y era enterrado en la señorial mansión de las Huegas. Miranda—que seguramente asistiría no sin emocionada curiosidad, a la despedida del fúnebre cortejo, en la que, como en los más solemnes entierros de la villa no faltaría su Cofradía del Corpus con sus 17 beneficiados de las tres parroquias mirandesas—volvió a su apacible tranquilidad provinciana. De cierto no sería corto el tiempo en que las tertulias de su abundante nobleza y los corrillos de la gente del pueblo rumiaría las enseñanzas del caso, aprovechado por los sacerdotes para inculcar una vez más la no aprendida lección de lo caduco de la gloria humana; mas tampoco tardó mucho en dar al olvido las menores huellas del suceso.

\* \* \*

Tales son los curiosos datos que acerca de la Princesa italiana cabe deducir de la interesante partida de defunción que hemos hallado en el Libro de Finados de la extinguida parroquia de San Juan de Miranda, en el volumen correspondiente a los años 1575 a 1669. Con ella se completan e ilustran no poco algunas páginas de la obra de R. Quazza, *Margherita di Savoia* (Torino, 1930). Guárdala hoy la parroquia de Santa María de la misma ciudad, y dice así, puntualmente transcrita:

[Al margen]: «Su alteza de doña Margarita de Saboia, duquesa »Mantua.

»Viernes a veinte i cinco días del mes de Junio de mil y seiscientos y cincuenta y cinco años murio en esta villa, en casa de don »Juan de Urbina, de la horden de Santiago, doña Margarita, prinçessa »de Saboya i duquesa de Mantua. Recibió los Sanctos Sacramentos »de la penitencia i hucastia [sic] y sacra vncion de la iglesia de Señor San Juan desta villa y por orden de mi llido. Pedro de Tobalina, »cura de dicha Parrochia; i vino orden de su Real Magestad que su »cuerpo se llebase a depositar a la yglesia de las guelas de Burgos, »adonde se llebo; i para averla de llebar i en valsamar su cuerpo,

---

(1) Véase nuestro artículo *El Chantre* publicado en *Ilustración Escolar*, Miranda de Ebro, Junio-Julio 1931.

»las tripas y otras partes de su cuerpo que la sacaron las llebaron a  
»enterrar a la dicha yglesia de Señor San Juan, se enterraron secre-  
»tamente i sin ponpa en la capilla del Chantre, delante del archibo  
»de dicha capilla en vna caxa; esta Señora pasaba por esta villa  
»para sus estados a Mantua con grandissimo aconpañamiento por  
»orden de su Real Magestad, adonde enfermo de la qual enfermedad  
»murio; parecio su testamento cerrado, fecho en Madrid, en poder  
»del conde de Vainete, que iba en su servicio i conpañia y se abrio por  
»orden i asistencia de don Juan de Torres, alcalde de casa y corte de  
»Su Magestad, que venia gobernando en dicha gornada i transito; i  
»su cuerpo se llebaron a las huelgas de Burgos a enterrar (1); y porque  
»es verdad lo firmo como cura dela iglesia de Señor S. Juan desta  
»villa de Miranda.—Fecha ut S.<sup>a</sup>—*Llido. Pedro de Tobalina*».

He aquí el hasta ahora ignorado documento, que hemos tenido el honor de ofrecer al docto profesor italiano Antonio F. Fantucci, por cuya recomendación y la de nuestro ilustre historiador Ballesteros emprendimos alguna búsqueda sobre el asunto. Aunque éste ha de ser tratado por el citado sabio de la nación amiga en obra de empeño que sobre la Virreina de Portugal proyecta, hemos creído que no carecía de interés, al menos local, la divulgación de estos datos en el BOLETIN histórico de nuestra provincia. Además, mediante la publicación de este sencillo y modesto documento de un rincón de Castilla, aprovechamos la ocasión que nos han deparado las circunstancias para mostrar una vez más cuántas fueron nuestras fraternales relaciones con la Italia de los siglos pretéritos, y para ofrecer a la Italia presente y al representante egregio de la noble Casa de Saboya el homenaje de la admiración y respeto calurosos de todos los españoles en estos días en que la nación italiana se halla tan junto al corazón de la Nueva España y a sus bravos hijos que, al precio de los sacrificios más dolorosos, defienden y salvan por milésima vez la civilización católica y romana, de que Italia y España son y han sido siempre los mejores paladines.

FRANCISCO CANTERA BURGOS.

---

(1) Don Amancio Rodríguez, en su obra «El Real Monasterio de las Huelgas», tomo II, pág. 267, dice, que, al lado izquierdo de la nave del coro, próximo a la silla Abacial, se encuentra el sepulcro de la Duquesa de Mantua.